

CÓNSUL

CÓNSUL

LUIS F. BORRAJO

Durii

A mis padres, por creer que este sueño era posible
incluso cuando yo mismo dudaba.
Sin vuestro amor no lo habría conseguido.

Irune,
gracias por compartir conmigo
la aventura de la vida.

PRÓLOGO

Ciudad de México, abril de 1808

Encerrado en aquella sala oscura y húmeda Hugo, no podía evitar pensar en sus padres. Resultaba irónico que él, que durante tantos años había renegado de su familia, se viese ahora envuelto en la misma situación por la que ellos pasaron.

Semejante agujero solitario no dejaba de lanzar a su mente pensamientos dañinos, estremecedores, que erizaban su piel y humedecían sus ojos, dejándolo a un pequeño paso de romper en llanto. Ahora que era capaz de entender lo que debían haber pasado sus padres en aquellas últimas horas, su corazón culpable sufría. Tantos años de vergüenza, de desprecio a su recuerdo. Tanto tiempo cegado por unos ideales falsos, sin dobleces, en los que únicamente existía el blanco frente al negro, impidiéndole ser capaz de comprender la verdad.

El nudo en su estómago se apretó aún más al escuchar los pasos rítmicos de dos hombres aproximándose a su celda. Una ansiedad, intriga y temor que, sin embargo, le acompañaban desde que la conociera. Ella, en la plenitud de la palabra. Ella en todas sus variantes: la mujer, la justicia, la libertad.

Su vida había cambiado mucho en estas últimas semanas. Y ahora que el final se aproximaba, se había dado cuenta de que la cuestión, quizá, no fuera averiguar qué era la lealtad, sino a quién prometérsela.

I

EL ENVIADO DEL REY

Madrid, noviembre de 1807

Paso ligero, nervios de punta. Un escalofrío recorre la espalda de Hugo de Orduña tensionando sus músculos durante una imperceptible fracción de segundo. Se dice a sí mismo que el frío de Madrid ha entrado en sus huesos, aunque bien sabe que el motivo de aquel malestar interno no tiene nada que ver con las gélidas noches de la capital.

Aquel largo y suntuoso pasillo, antaño recorrido con otros propósitos y sueños, genera en Hugo un cúmulo de emociones y recuerdos amargos. Si bien en su momento no fueron tristes, el devenir de los suyos y su propio destino habían agriado cualquier recuerdo, cualquier sentimiento pasado.

Se sabe observado, escrudiñado y, probablemente, juzgado. Desde la entrada, las miradas de sirvientes y trabajadores se han posado sobre él de manera escandalizada. Sus ropas viejas y ajadas, a las que la fuerte lluvia ha hecho un flaco favor, contrastan con la riqueza del entorno. Pero eso no le importa. Ya no. Su vida no se mide por las apariencias ni expectativas. Volver al Palacio Real fue, en su momento, un sueño, una promesa de futuro. Pero aho-

ra, nuevamente entre aquellas sólidas paredes, solo siente un enorme hastío. Una desagradable sensación tan solo atenuada por su innata, y en muchas ocasiones, peligrosa curiosidad. Pese a su inquietud, traga saliva y continúa firme hasta la última puerta del largo pasillo, mientras a través de los cristales los rayos y relámpagos encienden la agitada noche de tormenta que apenas comienza.

Una robusta mesa de roble flanquea el portón que da acceso a la sala en la que esperan a Hugo. Sentado tras ella, montando guardia como si fuese un soldado de la burocracia, el secretario real repasa un documento tras otro.

—Hugo de Orduña. —Se presenta formal, carraspeando para ser atendido—. Están esperándome —asegura ante la fría mirada de un secretario que no puede disimular su repulsa.

Resopla desganado, molesto por haber sido perturbado en su labor, y arruga ligeramente el ceño al comprobar que la ropa mojada de Hugo va desperdigando algunas gotas por el suelo y su escritorio.

—Hugo de Orduña… —repite el secretario masticando las palabras, contemplándolo de arriba abajo sin discreción alguna—. Sí, al parecer le están esperando, sí… ¿Gustaría el señor de unos minutos para adecentarse antes de que le haga pasar? —pregunta en tono condescendiente, forzando una sonrisa muy poco convincente.

Hugo, instintivamente, busca con la mano el mango de su espada y da gracias al recordar que ha tenido que dejarla en la entrada de palacio. Pese a ello, debe hacer esfuerzos por contener sus ganas de asestar golpes contra aquel hombre hasta terminar de ayudarle a recorrer el camino que la naturaleza ha iniciado, a juzgar por su mortuorio aspecto. A lo lejos, resaltando entre el anárquico sonido de

la lluvia, Hugo distingue el tañer de las campanas de una iglesia anunciando la medianoche.

—No es necesario, le aseguro que seré breve —promete devolviéndole la misma sonrisa irónica.

Es plenamente consciente de que aquel no es su entorno, se siente como pez fuera del agua, casi sin aire. Pero eso no va a implicar sentirse inferior y, aunque así fuera, jamás lo demostraría. Está cansado de la hipocresía de aquella España rancia que disfruta del brillo del oro y el suave tacto del terciopelo mientras se olvida de la mugre y el olor de la gente que le ha permitido obtenerlas.

—Como desee —masculla el secretario en un suspiro resignado—. Aguarde un segundo para que pueda anunciar su llegada.

Lenta y meticulosamente, deja la pluma que estaba utilizando sobre el tintero y se levanta de su silla para dirigirse hacia las puertas. Estas se abren con un quejido agudo que rompe el silencio del pasillo.

La sala está amueblada de forma ostentosa, como no podía ser de otra manera. Cuadros, cortinas, tapices y lámparas de araña decoran la habitación únicamente alumbrada por la tenue luz de la chimenea encendida en la pared frontal. Hugo agradece la temperatura que alivia un poco la gélida sensación de su piel. Sigue los pasos del secretario, guiados por las risas y cuchicheos que se perciben desde el fondo de la estancia. El enjuto hombre se detiene frente al respaldo de uno de los sillones situados junto al fuego y, con elegancia, tose y eleva el tono para hacerse notar.

—Majestad, su visita... —informa a la par que Hugo toma la delantera y da un par de pasos al frente, sin dar ocasión al secretario a terminar su presentación.

Este pone los ojos en blanco y aguarda con las manos entrelazadas a la espalda.

En ese instante, cuando Hugo está a punto de rodear el sillón, emerge tras él la figura esbelta y desnuda de una jovencita de apenas veinte años que se cubre divertida con cojines y restos de ropajes esparcidos por el suelo. Luego aparece la cabeza despeinada de un hombre azorado que sonríe en cuanto sus ojos se posan sobre Hugo.

—¡Viejo amigo! —Fernando de Borbón se levanta inmediatamente, anudándose el batín con la intención de abrazar a su invitado—. Te veo muy bien, aunque parezca que vienes directo del Manzanares. Me alegra que hayas podido acudir tan rápido a Madrid.

La nariz enrojecida por lo que sin duda es un exceso de alcohol en sangre, hace todavía más ridículo el bobalicón rostro del que está llamado a ser futuro rey de las Españas. Como un viejo amigo le dijo una vez a Hugo, si los Borbones supiesen tanto de gobernar un país como de vino y mujeres, no habría una sola nación que se atreviese a plantar cara a la española.

Pese a tener prácticamente la misma edad, el cuerpo rechoncho y la piel blanquecina del príncipe contrastan con la musculatura de Hugo, formada a base de trabajo y entrenamiento a lo largo de los años, y su piel tostada por el sol y curtida por la sal.

—Majestad, para serle sincero, su emisario no me dio alternativa. Por lo visto su excelencia estaba ansiosa por verme. Admito que me sorprende después de 10 años —responde con honestidad y acidez. Al contrario de muchos otros, Hugo no está dispuesto a fingir pleitesía incondicional por muy heredero que sea.

—Siempre tan orgulloso, como cuando éramos niños —rebate Fernando sin tomarse a mal el comentario, sabiendo que no está en posición de hacer más leña del árbol caído—. Bueno, bueno, toma asiento que tenemos que hablar largo y tendido —propone señalándole el sillón, al tiempo que eleva una mano para darle indicaciones a su secretario—. Por favor, Carlos…

—Rodrigo, majestad —interrumpe el hombre apretando los dientes.

—Sí, sí, Rodrigo —se corrige el rey sin darle mucho pábulo—. Llévese a la joven y muéstrele el camino a mi alcoba. En cuanto acabe con este asunto urgente me reuniré contigo, querida. Así podremos seguir nuestra interesante conversación mucho más cómodos. —Fernando da una cachetada en el trasero de la joven a su paso, quien no puede contener una carcajada casi infantil provocada por su estado de evidente embriaguez.

La joven y el secretario real abandonan la habitación mientras Fernando de Borbón y Hugo de Orduña toman asiento frente a la chimenea, dejando que el silencio se acomode entre ellos, como preámbulo de lo que está por venir.

Hugo pierde la mirada en el hipnótico crepitar de las llamas. Hace no tanto correteaba por aquellos pasillos que se conocía como la palma de su mano, despreocupado por el mañana. Ahora no tenía nada, no era nadie. Cuánto había pasado entre medias. Cuánto había cambiado. Regresar era agrandar la herida, pero estaba más que acostumbrado al dolor, casi se había inmunizado. Fernando tararea relajado mientras se sirve una copa de brandy del mueble bar, preparando una copa adicional para su compañero.

—Veo que su majestad tampoco ha cambiado en todos estos años —se anima a decir Hugo para romper el hielo.

—Me gusta disfrutar de la vida y los placeres que ofrece. Podríamos decir que son beneficios de este trabajo —reconoce divertido Fernando de Borbón—. ¿Un brandy?

—Sí, gracias. —Mientras le entrega su copa, Hugo decide ir directo al grano—. Me gustaría saber por qué me ha hecho llamar. Debe ser un asunto muy urgente para hacerme abandonar a mis hombres de esta forma.

—¿Sabes? Mi padre siempre admiró tu rectitud desde que éramos niños. De hecho, creo que algunas veces le hubiese gustado que tú fueses su hijo y no yo —confiesa el heredero tomando asiento frente a él, hundiendo también la vista en la chimenea y dibujando media sonrisa que bien podía alternar nostalgia con un ligero matiz de resentimiento.

—Nunca pretendí hacer nada para perjudicarle —interviene rápido Hugo. Lo último que necesita es generar malestar en alguien que aúna dos de las peores cualidades que se pueden mezclar: ser caprichoso y poderoso.

—No creas que digo algo de esto con rencor. Dios sabe que hace años que dejó de importarme la opinión del viejo. Es más, seguramente he hecho méritos para ganarme parte de mi fama. En realidad, lo que pretendía decirte es que lamenté mucho perder a mi amigo, fue trágico todo lo que le sucedió a tu familia —explica sorbiendo el brandy y mirando a Hugo con seriedad.

Una parte de pésame, una parte de reto y expectación. Sus palabras parecen tener doble sentido, pero Hugo se cuida mucho en sus respuestas. Ya no son los niños que

compartían juegos y travesuras, ahora son aspirante a monarca y siervo, el exceso de confianzas ya no está bien visto.

—Traicionaron a su país, a su rey y a todo lo que me habían enseñado desde niño. Recibieron un castigo justo por lo que hicieron —responde, apocado, apurando su brandy y deseando que la conversación cambie de tercio, pues percibe aquellos recuerdos como puñaladas clavándose en su pecho.

El silencio se apodera de la habitación durante unos segundos eternos que buscan deshacer el nudo en el estómago de Hugo, a quien la copa le sabe a poco. Hacer frente a un lugar que fue tan importante para él hace que los fantasmas regresen con fuerza, con la certeza de que aquellos traumas del ayer permanecerán siempre pegados a su piel.

—Pese al tiempo que ha pasado, todavía creo que te conozco, Hugo, y soy capaz de notar la rabia en tu mirada —dice finalmente Fernando.

—Hace 10 años su padre me obligó a alistarme. De golpe perdí a mi familia, mi casa, mi vida... Todo aquel al que hasta entonces había considerado amigo me dejó de lado como a un apestado. Con solo 18 años me quedé absolutamente solo, y todo por algo en lo que no tuve nada que ver. —Quiso controlarla, pero efectivamente la ira parecía querer adueñarse de su discurso.

Fernando se levanta pausado y se aproxima a la chimenea, se apoya en el marco que rodea la estructura mientras, con su otra mano, sostiene el vaso de brandy vacío, dándole vueltas como si acaso fuera un oráculo que le anunciase las palabras adecuadas. Hugo espera paciente, sabe que no hay lamento en esos silencios, más bien es un

jugador de ajedrez pensando en la próxima jugada que ha de realizar para lograr su victoria.

—Al menos tengo entendido que los años en el ejército te han tratado bien. Por lo que dicen mis informes, tienes cierta fama entre los hombres —le alaba en una acertada estrategia, esperando el movimiento del otro jugador.

—Es una vida dura y peligrosa, pero hasta el momento siempre he sobrevivido para contarlo. Veo que a quien habéis hecho venir es al militar, no al amigo. ¿Me equivoco? —Lanza Hugo su movimiento con osadía, ante el que Fernando sonríe como si toda aquella charla le resultara, verdaderamente, un juego de mesa.

—A ambos. ¿Qué me dirías si pudiera ofrecerte el camino hacia el perdón? ¿Lograr que tu nombre deje de ser visto como el de un paria? Solo tendrías que servir a tu patria, y a tu amigo. —Es una propuesta jugosa, aunque tal vez solo una orden.

—Pensaba que era lo que había estado haciendo todos estos años. Es más, diría que mi último servicio a la Corona había sido más que suficiente. Aunque por lo visto no se le ha dado mucha publicidad a mi participación.

—Lo del inglés es un tema delicado. —Fernando de Borbón agita las manos en el aire y niega con la cabeza, como quien quiere espantar malas vibraciones—. Incluso por tu propia seguridad comprenderás que es mejor que tu nombre no saliese a la luz relacionado con todo ese asunto. —Suspira despacio y vuelve a tomar asiento, mirando fijamente a Hugo y templando el tono de su voz—. Lo que te pido hoy aquí no solo es un servicio a tu país, es un favor personal. Y puedes confiar en mí cuando te digo que serás recompensado como mereces cuando todo acabe. Palabra del futuro rey de las Españas.

Hugo le mantiene la mirada, sopesando aquel trato, separando verdad de manipulación. Confiar o no confiar es la clave. Ha aprendido que en palacio se mueven intereses y poderes mucho más fuertes que las propias personas. Sin embargo, no tiene ya nada que perder y, por ende, haga lo que haga, si queda un resquicio de compensación, será suficiente para él.

Aquella partida de ajedrez llegaba a su fin. Comer o ser comido, contenerse o atacar.

Hugo da el último sorbo y una bocanada de aire más. Su respuesta, intuye, será determinante para su futuro, aunque no puede imaginar hasta qué punto el destino del país reposa ahora sobre él.

—Y bien, ¿cuál es el trabajo?